

Isaac Antonino
Lecturas: *Los argonautas*
(*Vida Manchega*, 25-11-1914)

La casa editorial Prometeo nos envió hace algunos meses esta nueva obra de Blasco Ibáñez. Un volumen de seiscientas páginas de prosa nutrida, que, como dice el ilustre crítico que ha popularizado el pseudónimo Zeda, ha de asustar a buen número de nuestros contemporáneos, dados a la novela corta, a la crónica breve, enemigos del novelón a lo Zola —también citado por Villegas— formidable en muchos casos, en los últimos tiempos del literato francés, más por el fárrago de su prosa que por el contenido espiritual.

De Blasco Ibáñez ha de ser necesariamente un libro de tantas páginas, para que no hayamos de posponerlo hasta padecer olvido de él, a medida que van llegando otros a nuestro poder; seiscientas páginas, apenas sin márgenes, unas líneas pegadas a las otras, no es lectura que sugiera en los tiempos de ahora si el nombre del autor no nos tiene ganados de antemano. Esto precisamente es lo que nos acaeció a nosotros. Sabíamos que el ilustre literato a su regreso a España, luego de haber puesto término a su época de colonizador, se disponía a reanudar su intensa labor literaria; más de una vez nos preguntamos, ansiando una favorable respuesta: ¿por qué ese libro tan deseado, del novelista valenciano, nos hace aguardar tanto?

Hemos dicho novelista valenciano y debemos al lector una explicación. La larga lista de las obras de Blasco nos es conocida desde el comienzo hasta el final. Las hay modelo de estilo y de intensidad literaria, como *Entre naranjos* y *En el país del Arte*, sugestivas y emocionantes como *La barraca* y *Sónnica la Cortesana*, tendenciosas como *La catedral* y *Los muertos mandan*, de crudo realismo como *La horda* y *La bodega*, quizás alguna no muy patriótica, por haber recargado demasiado la nota de color, como *Sangre y arena...*

A Blasco Ibáñez le dieron fama de novelador y de literato sus primeras obras; los cuentos y las novelas regionales, escritas quizás en plena huerta. Dígalo si no *La barraca*, hilvanada al correr de la pluma para el folletín de *El Pueblo*, el periódico batallador, luego editada con timidez —de seiscientos ejemplares fue la edición, que se agotó pronto—, justamente elogiada por la alta crítica, para venir después a alcanzar cinco o seis numerosas ediciones, aparte de ser traducida a otros tantos idiomas.

Ningún escritor contemporáneo ha logrado los éxitos que Blasco Ibáñez con el cuento. Sus *Cuentos valencianos*, reunidos en dos volúmenes

han sido editados por la casa Sempere repetidas veces. No se conformó sin embargo. Proclamados sus éxitos, se olvidó quizás que los debía —hecha la salvedad de su talento— a su patria chica, a sus tipos, a sus costumbres, a su huerta incomparable, al alma regional; y acariciando más amplios horizontes se lanza a presentar ante Europa —desde su punto de vista radical, descarnado, dilacerante, escuela Zola—, los males que abaten a España: el caciquismo, el flamenquismo y el bandolerismo en Andalucía (léase *La bodega* y *Sangre y arena*), la miseria y el vicio, la baja política y los bajos fondos sociales en nuestra gran urbe (Madrid: recuérdese *La horda*); el fantasma del clericalismo a quien todos los males nacionales se atribuyen (ahí está *La catedral*); y tantas otras cosas que nos hacen pasar ante las sociedades civilizadas como pueblo inculto, apegado al prejuicio, a la superstición, a la idolatría, aunque el ídolo sea tan mezquino como el torero a quien se supone dueño y señor del corazón de linajudas damas...

En el libro de ahora, como su título mismo lo indica, Blasco Ibáñez nos habla de los que van a América, en pos de un ideal que la generalidad han de ver desvanecerse, a poco de llegar, como uno más de tantos dorados sueños.

Los argonautas son una buena parte del fruto que la literatura patria tiene derecho a recoger, del viaje realizado por el ilustre escritor a las tierras que un día fueron del dominio de España; narración veracísima, detallada, prolija, de la vida de a bordo en un trasatlántico, desde nuestro país a la Argentina; vida de dolor para los pobres emigrantes a quienes de su país arroja el hambre, aislados de los demás como legión pestífera de leprosos; de voluptuosidad, para aquellos otros que van al Nuevo Mundo en viaje de recreo, deslizándose a veces por la pendiente resbaladiza de un flirteo, con la dama cuyo marido aguarda al otro lado del mar, en tanto que la orquesta ejecuta una de las sinfonías de Beethoven; o bien jugando una partida de póquer con el americano rico, que de fijo es doctor, y con el negociante francés que vuelve a reconstituir su quebrantada fortuna; o tal vez bebiendo champán con unos jóvenes alegres, de distintas nacionalidades, que se disputan el amor fácil de la bella Nélide, joven de dieciocho años a quien ganó para el vicio la vida de París; o acaso acodados en la banda del trasatlántico, sintiendo la nostalgia de unos días que fueron mejores, idos para jamás volver; o quien sabe si testigos de un momento trágico, aquel en que fue arrojado al abismo el cadáver de un emigrante que soñó con la tierra de promisión...

¡Recordáis a Maltrana, el bohemio que conocimos en los Cuatro Caminos, al leer *La horda*, emparentado con una vieja chamarilera del

Rastro? Maltrana arrastró a su bohemia a una linda menestrala; durante algún tiempo trabajó afanoso, escribiendo libros que luego firmaba un personaje político, candidato a ministro; pero su labor literaria había sido menospreciada en las redacciones, en las librerías, en el teatro. Tuvo un hijo; un hijo cuya vida costó la suya, al nacer, a su madre. La enseñanza fue dolorosa pero bienhechora para Maltrana. La compañera de sus días sucumbió en el supremo esfuerzo del desgarramiento de sus entrañas. Su anemia antes del parto ya hacía presentir el triste desenlace. Aquella vida de privaciones, sin lumbre y sin pan, en la lóbrega guardilla, abrasándose en su propio amor, amor de calentura, de naturaleza viciada...

Un día, preocupado Maltrana por el porvenir de su hijo, pensó en los aventureros de antaño, más ignorantes que él, más incautos; juntó unas pesetas y emigró. En las primeras páginas de *Los argonautas* lo hallamos de plática con Fernando Ojeda, en el hermoso *Goethe*, camino de América. Ojeda era un antiguo conocido, que, viviendo en la opulencia no sospeché que un día pudiera enflaquecer su bolsa. Tenía en Madrid unos amores hondos, firmes, intensos, de esos con los cuales es difícil romper, porque la mujer a quien se amó lo había dejado perder todo... Los dos van al Brasil como los pobres emigrantes, siquiera aparezcan con el ropaje que los otros pasajeros de los camarotes de primera. Ojeda pasa por un gran poeta, y no conocemos su obra; Maltrana por un gran escritor, del cual solo sabemos que encanalló su pluma encumbrando a politicastos sinvergüenzas, de cerebro vacío, o bien esgrimiéndola contra los que podían ostentar un caudal de merecimientos. Con todo el pasaje hace amistad Maltrana, entrometido e ingenioso. Toda una serie de conquistas puede apuntarse Ojeda durante la travesía, en su carnet de hombre mundano.

Algo más hallamos, sin embargo, en *Los argonautas*. Y este algo por sí solo ya es mucho, y bien merece que nos determinemos a leer las seiscientas amazacotadas páginas del volumen. Nos referimos a la recordación histórica de los gloriosos conquistadores de América, para cuya audacia, juntamente con su resistencia heroica tiene Blasco Ibáñez en su obra capítulos hermosísimos, llenos de elogios entusiastas y sinceros, siquiera estos vayan salpicados de vez en cuando de sutil ironía. Esta parte de *Los argonautas* es sin duda alguna lo mejor, con ser muy interesante y ameno lo que hace referencia a la vida de a bordo. Blasco Ibáñez vuelve por la dignidad y el buen nombre de España, presentándola ante Europa sobre el nivel moral que, por la obra inmensa de cultura y civilización que ha llevado a cabo allende los mares, ha de corresponderle ahora y siempre. De ahí la afirmación viril, patriótica, del ilustre novelista, a la terminación del interesante volumen, cuando, al rechazar el supuesto de que la postración de

España se deba a las guerras de conquista, a su fanatismo, a su viejo régimen, la compara con una madre prolífica y dice que anda tambaleante entre sus hijos, pletóricos de salud, anémica, sin fuerzas, porque los suyos son todos los pueblos del Nuevo Mundo y en ellos fue derrochando su vida llevándose cada uno un preciado girón de su existencia. Bien haya la pluma que tales cosas dice. Los pesimistas, o mejor, los que padecen flaqueza de espíritu, y no sienten alentar el patriotismo, abran las páginas de *Los argonautas* y no dejen de leer hasta el final.